



DEL CAMPO CONTRARIO

A NECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

XIV

¡El solsticio de Verano! ¡Qué lujo, cuánta liberalidad despliegan cielo y tierra en México en esa época del año! Días muy largos, muchas horas de luz, auroras vestidas de regia púrpura, crepúsculos muy ricos de celajes dorados, mañanas en que el sol, satisfecho de andar rozando los carrillos del zodiaco, derrocha sus dardos de diamante, campiñas muy verdes, nubes de profundas ondas, lluvias torrenciales, mil frutos rayanos en la sazón: todo eso y más copia de vida trae consigo el fin del Verano.

Gustavo Adolfo Ruiz, aquel solecillo del libertinaje, llegó a México entonces, de regreso de su próspera expedición al norte y tuvo también su solsticio. Recibió felicitaciones..... no diré que de Dios, descoló zorras fenomenales, se anduvo de frasca sin parar pié, fué el héroe del día.

Los grandes fracones, los de verdad, se reunieron dos ó tres veces muy en reserva para discutir los sucesos de la frontera, que les habían sido notificados, y la *plancha* levantada en su tenebroso taller quedó en el mayor secreto. No sería sin embargo muy adversa al perturbador de la *tenida blanca* de S. Jacinto, pues que el día de S. Juan Bautista asistieron al ritual festín en amable unión y compañía con los otros hermanos de la logia *Andhuac*, incluso el mismísimo Ruiz. Ya á los postres de esa comilona un incidente turbó la fraternal alegría: el Sr. Ruiz fué víctima de un ataque cerebral muy violento. Todo el mundo creyó que era una congestión causada por lo mucho que había deglutido el caballero Rosa-Cruz. El pobre fué llevado á su domicilio en estado lastimoso. Y lo cierto del caso es que habíanle dado á beber el *agua de S.*

Jacobo, en pena por la matanza de los *hermanos* fronterizos, según el acuerdo de los altos dignatarios de la secta.

XV

Pasados algunos días y noches de indecision y angustia, la pericia de los médicos y los solícitos cuidados de Rosa y sus amigos salvaron á Ruiz de la muerte, mas no de que por el resto de sus días quedase paralizado de las extremidades y reblandecido del cerebro, estúpido, completamente estúpido y por demás ciego. Rosa no tuvo la resignación suficiente para entregarse del todo al cuidado de aquel imbecil, con quien la ataba un vínculo que ella apenas nunca había comprendido. Se hizo la reflexión de que la era preciso distraerse, olvidar sus desgracias, interrumpir aquella tensión de espíritu, en que la había puesto la enfermedad de su marido. Siguió, pues, asistiendo á bailes, tertulias, teatros y paseos casi tanto como antes; y dejaba al enfermo sumido en un sillón y guardado por los sirvientes de la casa.

Una de esas ocasiones estaba Ruiz inmóvil en el sillón, arropadas las paráliticas piernas con una piel de oso y enguantadas las secas manos. El criado que lo guardaba había salido á retozar con sus compañeros y el enfermo tartamudeaba su eterno estribillo de *a.... ba.... ba ba... a.... ba.... ba....* Aquella no era vida, era un guinapo de existencia al cual se agarraba el alma de Ruiz, como un pulpo con sus tentáculos á los musgos de una roca submarina. Al verle Rosa ha dicho á veces que mejor *Dios se acordara de él*. Y aun es fama que la buena mujer ha rezado tres novenas seguidas á Santa Rita de Casia para que al fin descansara su Gustavo.

De pronto la espesa neblina, que embo-

zaba las facultades mentales de Ruiz, se rasgó, como á veces un nubarrón de Estío se agrieta y deja en claro una parte del cielo, y el infeliz pudo ver con la fantasía en la abertura de aquella noche un campo de sangre, rojo, muy rojo, estriado de cuajarones y en él el tórax ensangrentado de Alejandro Méndez y la cabeza *holoférmica* de Santoyo que velluda y cruenta le hacía muecas y castañeteaba los dientes. Ruiz lanzó un grito muy gutural y comprimido; su rostro se llenó de manchas de escarlata y rodó del sillón y comenzó á revolcarse en la alfombra convulso como un epiléptico. Media hora despues volvió el sirviente encargado de vigilarle, le encontró tirado en el suelo, avisó á sus compañeros, vinieron ellos, trajeron luces, llevaron al paciente á su lecho y salieron en busca de la señora.

Cuando llegó Rosa encontré á Gustavo rígido como un tronco y respirando con un ronquido particular. Entonces por primera vez acudió á la mente de Rosa una idea horrible y un temor súbito á su corazón: si se condenaba Ruiz, su antiguo amor, el padre de su hijo..... ¿qué hacía ella? ¿qué hacía? Ante el pensamiento del infierno abierto para su marido Rosa se sintió muy pequeña, muy débil y necesitó de apoyo, de consejo, de alguien más piadoso que ella. Al punto mandó recado á Lupe y á Lili para que vinieran con toda celeridad, porque urgía sobremanera su presencia en casa.

XVI

¿Qué negocios traía á la mañana siguiente la *Caperuza Roja*, que anduvo de aquí allá por partes muy distintas? A eso de las nueve bajó de su cupé á la puerta del Palacio Municipal, entró á ver al Sr. Gobernador del Distrito y salió poco despues llevando un pliego

misterioso. Luego fué á parar su coche frente á la Inspeccion de Policía núm. 5. Habló Lili con el Inspector, mostróle una órden y el Comisario mandó en el acto cuatro agentes que estuvieran incondicionalmente á las órdenes de aquella Señorita. Lili les dió las señas de una casa y les dijo que la esperasen en ella. Pocos momentos despues entraba Lili Contreras á la sacristía del templo H preguntando por el P. Fernández. Un monacillo le indicó un reclinatorio en que arrodillado el Padre daba gracias despues de haber celebrado Misa. La elegante jóven esperó algunos minutos con visibles señas de impaciencia. El Padre se levantó por fin.

—¿Qué desea V? hija mía—la dijo con su habitual dulzura.

—Padre, vengo á darle una molestia muy grande, á pedirle que nos haga una caridad muy grande tambien—le dijo ella, acercándose y hablándole con ese respeto sencillo y sin afectacion con que las personas de veras decentes, de veras piadosas hablan á los eclesiásticos. El Padre la miró con benignidad como diciendo: V. mande.

—Ha de saber V. padre, que el marido de Rosita, ya sabe V. cuál, Gustavo, aquel Gustavo, se ha puesto muy grave—continuó la Caperuza moviendo con mucha gracia y viveza su escultural cabecita, arropada en el velo de seda que le circuía el rostro y prendíase bajo su barba de nieve como haciéndole un mongil.

El Padre hizo un signo de asentimiento.

—Yo le ruego á V. por el Sacratísimo Corazon de Jesus que vaya á auxiliarlo.

—Pero ¿me dejarán entrar?—preguntó el Padre.—Porque sé que han ido algunos sacerdotes y ciertas personas les interceptaron el paso.

—V. entrará, Padre, eso corre de mi cuenta.

—Voy en el acto.

—Yo estaré pendiente, pierda V. cuidado. Le dejo á V. el coche. Yo puedo correr y urge que V. vaya pronto.

—Iré en el tranvía.

—No, no, se queda el coche—dijo y despues de haber besado muy respetuosamente la mano del sacerdote salió corriendo, llegó á casa de Ruiz en un santiamen y subió anhelando la escalera. En la antesala un grupo de hombres elegantes, unos seis, de torvos semblantes charlaban, fumaban y reían. Eran los hermanos, que habían venido á formar el círculo de hierro para que los frailes no penetrasen á la alcoba del enfermo á arrebatárles su víctima. Al ver á Lili se entreabrieron para dejarla pasar, ella les hizo una inclinacion de cabeza y entró.

XVII

Corrieron diez minutos y presentáronse en la puerta el Padre Fernández y Lili, que respetuosa le llevaba el sombrero y el bastón. Los hermanos al ver al Padre se hicieron un guiño malicioso y se colocaron junto á la puerta que comunicaba con la recámara del enfermo. Lili siguió su camino sin darse por entendida y platicando con él.

—Dispense V., señorita—dijo entonces uno de los hermanos, el más resuelto.—El señor no puede entrar.

—¿Cual señor?—preguntó Lili.

—El que acompaña á V.—

—¿Ah! ¿el Padre? Sí entrará.

—No, señorita, para impedir eso hemos venido.

—Pero es que en esta casa Vds. no son más que visitas y quien manda es Rosa y yo que la represento.

—Será, pero esa persona no entra.

Al oír esto la pícara Caperuza encarnada con agilidad de gacela corrió á abrir una puerta lateral.—Pasen Vds.—dijo. Cuatro gendarmes penetraron en la sala.

—En nombre del Sr. Gobernador del Distrito—agregó Lili dirigiéndose á los masones—pasa el Padre.

Los hijos de la viuda se quedaron de una

pieza. Los gendarmes formaron valla, levantando sus bastones á la altura de la visera, y por entre ellos pasaron á la alcoba el P. Fernández y Lili Contreras, que sonreía con una gracia.....

Decididamente *el mundo es de las faldas y de las faldas*—como dijo el otro—de las faldas de los frailes y de las faldas de las mujeres.

XVIII

El enfermo había entrado en agonía. Yacía tendido boca arriba con la cabeza pesadamente reclinada en un cojin de *edredon*. La nariz se le había afilado en extremo, las cuencas de los ojos se habían hecho muy profundas y llenas de una tiniebla violácea, un sudor terroso bañaba su frente, las pupilas estaban inmóviles, el aire de la respiracion gruñía en su garganta y silbaba en sus dientes, cuyos bordes empezaban á ennegrecerse.

Rosa al ver entrar al sacerdote corrió hácia él, diciéndole: Sálvelo V. por amor de Dios, que no se condene, sálvelo V.—El Padre sonrió con amargura. Se acercó al moribundo, gritóle al oído algunas preguntas encaminadas á sondear el estado de su ánimo respecto á la penitencia; pero Ruiz no daba muestras de oír. Rosa gimoteaba, clavando de vez en cuando en el rostro del agonizante una mirada ansiosa. Lili, arrodillada á los piés del lecho, rezaba con fervor en secreto. El Padre comenzó á recitar la recomendacion del alma. Rosa á momentos se abanzaba á coger febrilmente entre sus manos la cabeza, el pecho frío, las manos descarnadas de su marido.—¿Te arrepientes?—amor mío, ¿Verdad que estás contrito? chiquitín. ¿Verdad que eres bueno y que te vas á la gloria? Y luego volviéndose al Padre, le preguntaba como frenética: ¿Se condenará? ¿Usted me asegura que no se condenará? El Padre seguía rezando impasible.

De repente Lili vió brillar un objeto en la cabecera de bronce dorado de la cama, corrió á desprenderlo y se lo entregó al sacerdote que lo guardó en el bolsillo de la sotana. Era la insignia masónica de Gustavo, una cruz de Malta pendiente de una rosa de brillantes. Rosa, que notó esto, abrió por su parte un cajoncillo secreto de la mesita de noche y sacó un manojito de documentos masónicos, entre otros un pergamino manchado de sangre, el diploma de Rosa—cruz, que Alejandro Méndez llevaba en la cartera cuando fué herido en San Jacinto, y tambien los puso en manos del Padre.

XIX

Una hora transecurrió y el P. Fernández salió de la alcoba. Lupe Verduzo llevóse á Rosita á otras habitaciones. Lili Contreras abrió de par en par las puertas de la recámara y les indicó á los del círculo de hierro que podían entrar; señalándoles el lecho mortuario cubierto con una sábana en cuyos pliegues se advertían las formas rígidas del cadáver, les dijo: Ahí le tienen Vds.; se enjugó las lágrimas y marchóse de aquel sitio. Entonces pudo comenzar el festin de hienas; no era más que carne muerta la que le entregaban á la viuda.

La sala de la Sra. Quiñones quedó á las dos horas convertida en *capilla ardiente*, como ellos dicen, con luces verdes y paños y símbolos de la hermandad. Los hermanos de los grados subalternos turnábanse para hacer la guardia con el estoque empuñado y fija la vista en su punta.

Los detalles del duelo: *Muguet*, el antiguo cronista de EL INTRANSIGENTE, ahora diputado y académico correspondiente de la Real Española por gracia de unos noveluchos impúdicos que escribió, dijo junto al sepulcro una oracion fúnebre del género cargoso—encomiástico. Ivan regresó á su casa la noche del día en que murió su padre, y regresó andando en tangañillas, henchido de vino hasta los bigotes y á las doce dadas. No, nadie apedrea á la infeliz que da su mano á un enemigo de la religion cristiana, en que ella se ha criado.

A Dios se le acabó la justicia y sólo le queda la misericordia.

(Continuará.)

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XIX

Entre nubes de plata y de topacio,
Bañando al mundo con su luz serena,
Lenta vaga la luna en el espacio.

El azahar con su perfume llena
Del jardín delicioso el tibio ambiente,
Que mece al tulipan y la azucena;

Al murmurio lejano de la fuente
Se mezclan de la orquesta los rumores
Y el continuo murmullo de la gente.

Yo á tu lado te cuento los dolores
Que hieren sin piedad á el alma mía
Con amargos y rudos sinsabores;

Tú al mirar de mi pecho la agonía
Alientas amorosa mi esperanza,
Como á la tierra el luminar del día;

Y un cielo de risueña bienandanza,
Bello como los rayos de tus ojos,
Pude ver de mi vida en lontananza.

Temblando de emocion tus labios rojos
Musitaron de amor frase callada,
Trocando en regocijo mis enojos.

Aun escucho tu voz idolatrada
Cuando, "*te amo*," dijiste ruborosa,
Bajando tu pupila enamorada.

No es más blanda la brisa vagarosa
Suspirando suave en la pradera,
Que el lenguaje de tu alma cariñosa.

Háblame siempre así, niña hechicera,
Que es tu acento á mi pecho que te adora,
Lo que á la flor que se abre lisonjera
El beso puro de la riente aurora.

XX

IMPRESIONES.

El viento azota la maciza torre
Y gime entre los arcos y campanas;
Monótona y continua cae la lluvia,
Y en densa oscuridad el pueblo se halla.

Por las calles desiertas y sombrías
No transitan el hombre ni la dama;
Todos huyen del cierzo y de la niebla,
Y en su tranquila habitacion descansan.

Yo dirijo mi paso vacilante
A la mansion bendita y solitaria
En que Jesus con paternal acento
A sus ovejas amoroso llama.

Allí destaca su negruzca mole,
Y miro los destellos de su lámpara;
Paso el dintel, y en el sagrado templo
Se extiende lento el ruido de mi planta.

Al pie de dos candelas encendidas,
De rodillas dos párvulos oraban;
En su púpila y en su faz morena,
Del querub la inocencia se miraba.

Me postré ante el altar en que el Ungido
Lleno de mansedumbre nos alcanza
La bendicion del Padre Soberano,
Y al cielo nos dirige con su gracia.

¿Cuán dulce soledad y qué silencio!
¿Cómo el pecho oprimido se dilata,
Y el espíritu vuela presuroso
Hendiendo el aire sus potentes alas!

Oigo la voz de mi Pastor amado
Que con lenguaje paternal me habla;
Son sus voces cual lánguidos sonidos
Que se desprenden de sonoras arpas.

Ven, hijo mío, dice, si cansado
Te sientes de la vida en las borrascas,
Yo estoy aquí para curar tus males
Y devolvarte la perdida calma.

Pide; que en este albergue solitario
Oiga la voz del hijo que esperaba,
Abierto está mi corazon amante,
Acércate y comprende cuánto te ama.

.... Pero ¿cómo, Señor, tu suave acento
Ha podido escucharse en la morada
Que tantas veces te cerró sus puertas,
Y entre las sombras del pecado estaba?

Yo soy el hijo pródigo, insensato,
Que lejos de su hogar, incierto vaga;
No merezco, Señor, ricos manjares,
Sólo dame de pan una migaja.
Mas el mar proceloso en que navego
Encrespará sus ondas si me faltas,
Y arrojará en el seno del abismo
El frágil barco sin timon, de mi alma.
Escóndeme, Jesús, en tu regazo;
Hazme oír de tu boca las palabras;
Tú eres vida y amor, luz y camino,
Y eterno manantial de bienandanza.
Yo viviré por siempre arrepentido,
Llorando mis delitos á tus plantas;
Dame, Padre, del agua de la vida,
Aparta de mis culpas tu mirada.
Dije, y besé con tembloroso labio
El toseo pavimento en que rezaba;
Sentí que el llanto me anegaba el pecho,
Y á mis ojos brotaron tiernas lágrimas.
Cuando salí del rústico santuario,
La tierra entre las sombras se ocultaba;
Y al oír el ruido de los vientos
Horrisono cruzar por la montaña,
¿Qué será de los hombres; ¡ay! me dije,
Hoy que del vicio la tormenta brama,
Si Jesús compasivo no encadena
El oleaje en que la fé naufraga!

XXI

A mi apreciable amigo D. Jesus González Escobar en el 9.º aniversario de su matrimonio.

Nueve años ha que de himeneo los lazos
Te unieron para siempre á tu adorada,
Y duermes de la dicha entre los brazos
Como el ave se duerme en la enramada.
A veces de la pena los abrojos
Despertarante de tu dulce sueño,
Mas ¿qué importa una lágrima en los ojos,
Si el bienestar despues es más risueño?
Quien pretende en la vida gayas flores
Con perenne perfume y sin espinas,
Olvida que ha nacido entre dolores
Como el verdoso musgo entre las ruinas.
Sé feliz; que las aras del contento
Batan siempre sus alas en tu frente;
Y si pueden menguar por un momento
Que te halaguen despues más blandamente.

XXII

CUAUHTEMOC.

Ruge el cañon del indomable ibero
Con horrisono estruendo en la pelea,
La espada entre los dardos centellea
Y ensordecen los gritos del guerrero.
La enseña del audaz aventurero
Sobre yertos cadáveres ondea,
Y de Aztlan el ejército flaquea,
Dando á sus lares el mirar postrero.
Mas ved, sobre las ruinas pavorosas
Se yergue Cuauhtemoc el denodado,
Defendiendo las patrias libertades;
Si lo arrollan las huestes poderosas,
Su glorioso renombre no han manchado;
Y admiran su grandeza las edades.

(Continuará.)

EL ILMO. SR. DR. D. FRAY

Francisco Diego Díaz de Quintanilla

EVIA Y VALDES,

Tercer Obispo de Durango.

[CONCLUYE.]

En ese año de 1646 refiere el mismo P. Alegre que la iglesia de los jesuitas en Durango, cayó por tierra y entre las ruinas había quedado el Depósito Sagrado. El Ilmo. Sr. Evia al día siguiente acudió y fué el primero que con una barreta comenzó á cavar la tierra como á cinco varas del sitio en que había estado el altar mayor. "Todos le imitaron..." se descubrió una de las sagradas formas. A este espectáculo, hincados de rodillas, tomó el Sr. Obispo la forma, la puso en un cáliz, la condujo bajo de palio, en medio de un solemne repique de su catedral y demás iglesias, á una capilla interior del Colegio..." Se siguieron las pesquisas, y hasta las 4 de la tar-

de se encontró el vaso del Sagrado Depósito... el ilustrísimo prelado repitió lo mismo que había hecho en la mañana.

En la pág. 389 vuelve á referir que el Sr. Evia había desistido de quitar las doctrinas á los regulares; pero que con el cambio del gobernador Valdés, sustituido por D. Diego Guajardo, S. S. I. insistía en sus antiguas pretensiones, que el dicho Guajardo, aunque adicto á la Compañía, cedió á las censuras con que le amenazaba el Sr. Evia y admitió la nomina de clérigos para los pueblos de Bocas y el Tizonazo. El P. jesuita Pascual apeló á la Audiencia de Guadalajara contra ámbos, se le amparó, según consta por una "primera y segunda carta de ruego y encargo" que se lee en páginas 389 y siguientes.

He leído en la biblioteca del Sr. Agreda, un opúsculo impreso, en 12 fojas fechado en el real de San José del Parral el 3 de Octubre de 1649, en que D. Diego Guajardo y Fajardo, Gobernador de la Nueva Vizcaya preguntaba á los PP. Dionisio Cortés, agustino, Lorenzo Contu, Cristóval Arfian, Antonio Salcedo, franciscanos. Si había incurrido en la excomunión que le fulminó el Ilmo. Sr. Evia. Contestaron negativamente y despues confirmaron la resolución en 11, 14 y 26 de Noviembre del mismo año en México la Audiencia, los jesuitas y los franciscanos.

El Sr. Rivera Cambas, refiere en "Los gobernantes de México" tomo I pág. 182 que el Sr. Evia había ganado un pleito ante la Audiencia de Guadalajara sobre que se diera á los clérigos que habían ido á reemplazar á los frailes en las doctrinas ciertos estipendios; pero no lo consiguió... y siguieron dichos clérigos sin recibir paga durante cinco años... hasta que el virrey conde de Alva de Aliste, con no pequeñas dificultades lo alcanzó del gobernador Valdés apesar de estar bajo la influencia de los franciscanos y de los jesuitas "quienes alimentaban, de diversas maneras, la pugna entre el Obispo y el gobernador." Tambien despues subordinaron á su voluntad al gobernador D. Diego Guajardo, quien hizo salir del Parral al Obispo, le tuvo preso con soldados y le cobró 4 mil pesos de multa, hasta que la Audiencia de Guadalajara dió juicio de amparo; pero solamente por disposición del rey le fué retenido al citado gobernador el sueldo, sin señalarle otro castigo."

En las biografías de nuestros virreyes, en especial las que se publicaron por D. Carlos M. Saavedra, en "EL LICEO MEXICANO" México 1844, tom 2, pág. 254 á 257, en la que trata del conde de Alva de Liste D. Luis Enriquez de Guzman; no he encontrado absolutamente las noticias que da el Sr. Rivera Cambas.

En el IV tomo de la 4.ª serie de Documentos para la Historia de México, publicada en 1857 en la Imprenta de García Torres, en la pág. 73 se lee una "Carta de un padre jesuita" donde se dice la causa porque el Sr. Evia quitó á la Compañía de Jesús las doctrinas de San Pedro de la Laguna y de Parras, á saber, que los indios se rebelaron porque se les despojó del Agua Grande, lo cual les perjudicaba, los misioneros los ampararon; más despues el ex-gobernador D. Gaspar de Albeal, interesado se apropió del agua y vió mal á los jesuitas y confiado en la amistad y parentesco con el Sr. Obispo influyó y logró que se obligase á los jesuitas para que dejaran dichas doctrinas.

A su vez el cronista Arlegui en el cap. XI parte 5.ª pág. 339 se ocupa del despojo que el Sr. Evia hizo á los franciscanos de sus doctrinas.

En otra "Colección de documentos para la historia de México, reunidos y publicados por el Lic. Eugenio Mendoza," en la tipografía de V. G. Torres de esta capital, 1871, en el tomo 1.º y único que salió al publico, constan unos fragmentos de la Crónica de la Provincia de franciscanos de Santiago de Jalisco, completamente distintos de los del P. Ilmo que se imprimieron en Guadalajara en

1891; en la pág. 486, el autor dice que es falso lo que asienta Gil González, pues los franciscanos continuaban en Durango, con sus doctrinas, y se expresa acremente. contra el Sr. Evia.

Tampoco he podido confirmar lo que refiere Gil González, dicho ya al principio á saber; que el Sr. Evia enviara su mitra y báculo á los indios; un hecho análogo pasó en 1601 con el Sr. Mota Obispo de Guadalajara, tomo 2.º pág. 255. El citado P. Alegre refiere, que les enviaron ciertas prendas á esos indios rebeldes en rehenes; pero no se trata en esto del Ilmo. Sr. Evia.

Este Prelado por lo referido, no estaba bien en Durango, fué trasladado á la sede de Antequera, según el P. Pérez en Diciembre de 1653 y añade que salió de Durango el 29 de Enero de 1654. En cuanto á la primera fecha es inexacta, por lo que se lee en el DIARIO del Secretario del Cabildo Eclesiástico de México Pbro. Lic. D. Gregorio Martín Guijo, autor del siglo XVII, en el año de 1653 que el 10 de Febrero llegó á esta ciudad. "Aviso de España... y que el Obispo de Guadiana D. Fr. Diego de Evia, lo es de Oaxaca". Según este testimonio, su traslación por real disposición no fué en Diciembre de 1653 sino de 1652. En cuanto á su salida de Durango hay exactitud, pues en el mismo DIARIO, año de 1654 se halla esta noticia: "entró (á México) el Sr. Evia en 24 de Febrero de camino para Oaxaca, posó en el convento de Nuestra Señora de Monserate. Tampoco hallo exactitud en lo que se lee al calce del retrato de este Prelado que existe entre los demás de la Sala Capitular de Oaxaca que. "Fue electo Obispo de esta diócesis en Julio de 1654." Solo podía admitirse que en esa fecha hubiese sido preconizado; pero advierto que Cristofori, en su "Historia de los Cardenales," Roma 1888, dice que no hubo ningun consistorio en ese mes sino en el de Marzo, y si los hubo el 9 y 23 de Junio, 21 de Julio y 18 de Agosto de 1653. Como ni he podido conseguir las Actas Consistoriales, ni se que existan en México, se dificulta el aclarar estas divergencias; pareceme que en vista de lo expuesto, el real nombramiento de traslación fué en Diciembre de 1652, la preconización en 21 de Julio de 1653 y que el Sr. Evia tomó posesion de su nueva sede no en Febrero, como dicen algunos, pues estaba apenas á fines de él en esta, sino en Marzo, según se lee en la "Historia de Oaxaca" escrita por P. Gay y publicada en nuestra capital en 1881, tomo 2.º pág. 224, quien continua: "Cuando aun estaba en camino para la ciudad, los dominicos, para no dar lugar á que las sugerencias del arcediano [Cárdenas] preocuparan su ánimo, salieron á su encuentro y le presentaron el despacho del virrey en que estaban incertas muchas cédulas reales relativas á la cuestion que por tantos años había conmovido á los frailes dominicos, y juntamente la lista de los curas regulares que debían llenar el ministerio en las parroquias declaradas vacantes por el Vicario Capitular Cárdenas. El Obispo dijo que obedecía las cédulas reales; mas que no se podían cumplir hasta saber si los religiosos se habían ajustado al Concilio Tridentino y Derecho Canónico, debiendo por lo mismo diferir á otro tiempo la resolución de este asunto. Luego que llegó á la ciudad, el promotor fiscal eclesiástico, digno cooperador de Cárdenas, presentó peticion al Obispo para que no se aceptasen los párrocos regulares nombrados, por militar contra ellos las mismas causas que contra los removidos anteriormente, insistiendo fuertemente en el derecho de los Obispos para nombrar por si solos á los párrocos de la diócesis. Contestaron los dominicos el razonamiento del promotor; éste replicó y aquellos contrareplicaron.

El Sr. Evia remitió la decision al virrey, quien el 20 de Noviembre de 1654, proveyó en favor de los dominicos, fundado en que ya se había fallado en causa semejante promovida por la mitra de México, que las causas de las promociones ó remociones de los párrocos

no se habían de exponer por el prelado regular, al Obispo sino al virrey, como vice patrono de todas las iglesias. En el mismo despacho del virrey, encontró Cárdenas motivo para embarazar su ejecución: contenía una cláusula en que se facultaba á los regulares para recibir la institucion canónica por medio de apoderado, y el Arceidiano sostenía que se había de otorgar poder especial en cada caso, con todas las formalidades del Derecho, conduciendo Escribano público hasta el lugar en que el religioso se hallase, y otras exigencias que hacían costosa y molesta la diligencia. El virrey resolvió en nuevo despacho expedido el 10 de Febrero de 1655, que bastaba que el párroco electo hiciese constar su voluntad por carta particular para que se instituyese legítimamente. (Están tomadas todas estas noticias de los ms. de Levanto desde el folio 100 hasta el 130.) Hasta aquí el P. Gay.

Nuestro Beristain trata de D. Antonio Cárdenas Salazar que publicó "Alegaciones en Derecho por el que asiste al Seminario Conciliar de Oaxaca en el pleito con los Religiosos que administran las Doctrinas de aquel Obispado" imp. en México sin año, en fol. Después vino á la catedral de México, fué Provisor y Gobernador de la arquidiócesi y murió el 3 de Junio de 1674.

El P. Perez refiere que el Venerable Cabildo puso á disposicion del Sr. Evia las rentas del Obispado, de las que tomó cuatro mil pesos que mandó á su antigua diócesi de Durango para una obra pia. Manifestó su celo por los derechos é inmunidad de su Santa Iglesia, defendiendolos aun contra las pretensiones del Alcalde Mayor y Cabildo de seculares, con motivo de haber intentado éste asistir con todo aparato oficial, é inconsulto el Ilmo. Sr. Obispo y venerable Cabildo eclesiástico á la fiesta de Todos Santos. El Prelado mandó encerrar los muebles de la sacristía, alegando la institucion religiosa y privilegios de la Santa Iglesia. La asistencia del Cabildo secular fué impedida, en cuyo procedimiento fué apoyado el Diocesano por la corte, pues fundaba su conducta en cédulas dadas con anterioridad. Esta cuestion la decidió el virrey, Duque de Alburquerque, segun las instrucciones del Rey, las cuales fueron en favor del Obispo.

"Muy poco gobernó este Prelado esta Santa Iglesia, pues el 6 de Diciembre de 1656 le arrebató la muerte; solo queda la memoria de las acertadas resoluciones que daba á los negocios aun mas difíciles. Su cuerpo fué sepultado en la Santa Iglesia Catedral."

El P. Gay pone en una nota que el 16 de Julio del mismo año de su defuncion consagró en Tepeaca á dos Obispos.

Estos fueron: su sucesor en la diócesi de Durango el Sr. Barrientos, y el Sr. Dr. Dn. Juan Montiel, Obispo de Santiago de Cuba.

No se estrañe que el Sr. Evia verificase allí tan augusta ceremonia. El Sr. Sagade, Arzobispo de México, aunque residía en la capital no había recibido la consagracion, que despues le confirió el Sr. Barrientos; el Sr. Osorio había tomado posesion de la diócesi de Puebla el 21 de Junio; por poder y despues se consagró en su Catedral como dicen Ventancourt (Tratado de la dicha ciudad de Puebla, cap. IV. n. 43) Bermudez de Castro en su Teatro Angelopolitano Ms donde se lee: "Habiendo llegado á su Iglesia el año de 1656 se consagró en ella" y el Dr. Eguiaza [en el Ms. de su Biblioteca Mexicana Letra D.] Quizá por no molestar al prelado de Antequera á hacer mas largo el camino se escogió, la ciudad de Tepeaca, cuya iglesia, segun el referido Ventancourt, fué consagrada y "hay opinion que ninguna en la Nueva España es mejor que ella, pero si hay algunas que le igualen, ninguna le excede."

MANUEL HERPST.

A LA VIRGEN

DEL

PERPETUO SOCORRO.

PLEGARIA.

Madre Virgen, Socorro del cristiano,
La bendita entre todas las mujeres.
Tiende hácia mi tu protectora mano....!
El Señor te ha confiado sus poderes,
Todo cede á tu imperio soberano,
Se postran ante tí todos los séres.....
¡Socorro, Virgen de pecado exenta!
¡Socorro, Madre, tu poder ostenta!

Alza sus ondas con terrible estruendo
El mar hinchado del precito mundo,
Ruje con furia el vendaval tremendo
Del mundanal ruido, que al profundo
Del abismo del mal me va trayendo,
Ya me vence su empuje furibundo,
¡Socorro, Madre, que perezco! ¡Alienta!
¡Socorro! que perezco en la tormenta!

El perjurio Satan tiende sus lazos
En el hogar, en calles y paseos,
Pretende fascinar con sus abrazos
De impúdico placer y devaneos,
Ya me ahoga Satan entre sus brazos,
Ya me hace consentir en sus deseos.....
¡Socorro, Madre! ¡Mi plegaria escucha!
¡Hazme triunfar en la tremenda lucha!

Me embiste con furor otro enemigo,
Mi pérvida natura corrompida,
¿Dónde encontrar el salvador abrigo
Si me ha de perseguir toda la vida
Si dondequiera que huyo va conmigo?
Ya llega al corazon su cruel herida.....
¡Socorro!.... el arma de mi pecho aparta,
Antes que el alma con dolor me parta!

Me cercan por doquier males sin cuento,
La enfermedad con su penar me aqueja,
La miseria me arroja su lamento,
La vil calumnia su puñal maneja,
La detraction me befa con su aliento,
La ingratitud con su maldad me veja....
¡Socorro perennal de los mortales,
Socorro dame para tantos males!

¡Oye de mi dolor el hondo grito!
¡Escucha mi plegaria, Madre amante!
¡Tu perpetuo socorro necesito....!
Mas cuando llegue el postrimer instante,
Paso de lo finito á lo infinito,
¡Muéstrame, Madre, tu gentil semblante!
¡Socórreme benigna, gran Señora!
¡Socorro!.... ¡Salvacion en esa hora!

Manuel M. Miranda y Marron.

México, Junio 27 de 1897.

JUAN HOLGADO Y LA MUERTE.

CUENTO POPULAR.

PUES señor, han de saber ustedes que había una vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, y á fé que á nadie le pudo venir peor el nombre, porque el pobre no tenía más que la mañana y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad.—Pero en cambio tenía un celemin de hijos con unas tragaderas como tiburones.

Dijole un día Juan Holgado á su mujer: Estas criaturas son un hato de tragaldavas capaces de engullirse las estopas del óleo: no tomaría más sino comerme una liebre solo, á mi sabor, y sin estos alanos que de la boca me lo quitan.—Su mujer que era una bendita [mejorando lo presente,] por no verlo rabiar con los hijos, vendió una docenita de huevos que le habían puesto sus gallinas, mereó una libre, la guisó con caldo de empanada, y al día siguiente por la mañanita le dijo á su marido:—Ahí tienes en el hato una libre guisada y media hogaza de pan: vete á comértelas en el campo, y buen provecho te hagan. No se hizo el sordo Juan Holgado sino que cogió el hato, y echó á correr que no veía la vereda.

Despues que se hubo metido legua y media debajo de los pies, se sentó al pie de un olivo más satisfecho que un rey, se encomendó á Nuestra Señora de la Soledad, sacó el hato, la ollita con la liebre y el pan, y se puso á comer.

Pero cate usted, que, sin saber ni cómo ni por dónde vió de repente sentada enfrente de él á una vieja vestida de negro y más fea que un voto á Dios; era más amarilla y más descarnada que un pergamino de Simancas; tenía los ojos hundidos y amortecidos, como candil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto á nariz, aquí estuvo: no había nada, ni memoria, perdone usted por Dios.

Maldita la gracia que le hizo á Juan Holgado aquella compañía llovida del cielo; ¿pero qué había de hacer?—Como no era ningun bárbaro, la dijo que si gustaba comer.—¡Toma! como que la vieja no quería otra cosa, le contestó que para no ser descortés admitía el favor: se sentó y empezó á comer.—¡Caballeros! aquello no era comer, sino devorar.—¡Qué agallas, cristianos!—En dos por tres se metió la liebre entre pecho y espalda.

Por vida de dios Baco, que es el dios de las vacas—decía para si Juan Holgado;—¿pues no hubiese sido mejor que se hubiesen mis hijos comido la liebre, que no esta vieja del demonio? Está visto, ¡el que tiene mala fortuna nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado que ni el rabo de la liebre dejó, dijo:

—Juan Holgado, me ha sabido muy bien la liebre.

—¡Ya lo he visto!—suspiró Juan Holgado.

—Quiero pagarte la fineza—dijo la vieja.

—Viva V. mil años—contestó Juan Holgado con sorna al ver el pelaje de la vieja.

—Sí haré—respondió ésta;—algunos más tengo; pues has de saber que yo soy la muerte en propia persona.

¡Juan Holgado pegó un repullo que fué flojo en gracia de Dios!

—No te descuajaringues, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio voy á darte un consejo; métete á médico, que por mi cuenta que no ha de haber por esos mundos otro más afamado y que más pesetas gane.

—Señá Muerte, yo me contentó con que no se acuerde su merced de mí en una buena parvada de años; en lo demás eso de médico no es para mí.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque yo no he estudiado lo fino.

—No le hace.

—Señora, yo no se ni latin, ni Diego (griego.)

—No importa.

—Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso; ni leer, que me estorba lo negro.

—¡Dale, bola, dale!—dijo la muerte, que se la iba llevando el demonio con tantas dificultades.

¡Caramba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza á prueba de bomba!

¿No te estoy diciendo que no importa, que no importa, desde una hora? Te digo que me da un pito del saber de los médicos: yo no voy ni vengo porque ellos me llamen ni me saquen; hago lo que me da mi real gana, y me río de los médicos, que cuando se me antoja cojo á uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no había médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los matusalenes. Serás médico y tres más, y si te niegas, te llevo conmigo más fijo que el reloj.—Ahora atiende y chiton. En tu vida de Dios, has de recetar más que agua de la tinaja; ¿estás?

—Bien está, contestó Juan Holgado que estaba con la muerte que trinaba y con más ganas de darle una guantada que de escucharla.

—Si cuando entres en una alcoba me ves sentada en la cabecera del enfermo, dí resueltamente que se muere, que no tiene remedio

y que lo preparen.—Si por el contrario yo no estoy allí, aseguro que no se muere, y receta agua de la tinaja.

Con eso se despidió la feísima señora, haciendo una cortesía á la francesa.

—Buena señora, le dijo Juan Holgado, no quisiera despedirme de usted con aquello de *hasta más ver*, y espero que su mercé tampoco abrigará el deseo de visitarme, porque no siempre tengo yo liebres con que regalarme, y ésta fué una, y se la llevó el gato.

—No tengas cuidado Juan Holgado, contestó la muerte; mientras no veas tu casa desconcharse, no aportaré por allí.

Juan Holgado se volvió á su casa, y le contó á su mujer cuanto le había pasado, y su mujer, que era más lista que él, le dijo, que cuanto le había dicho la vieja lo podía creer, porque nada había más verídico y cierto que la muerte.—En seguida echó por ahí la voz que su marido era un médico de los pocos, y que no tenía más que mirar á un enfermo la cara para saber si se moría ó vivía.

Un domingo que estaban una porción de mozalejas á la puerta de una casa más alegres que unas sonajas, acertó á pasar por allí Juan Holgado.

—Ahí viene Juan Holgado, dijo una de ellas, que al cabo de sus años se nos la viene echando de médico.—;Pues mire usted que salir ahora con esa sopa de ensalada al cabo de Ramos Pascuas, parece cosa de juego!—Si se habrá imaginado ese vejestorio que tiene unas luces como un eslabon de madera, que no hay más que el decir, y las gentes creer, y no es más sino pura fachenda y para que le digan *Don Juan*, y el *Don* le sienta como á un burro un sombrero de copa alta; y todas se pusieron á cantar:

Don Juan Holgado
allí en la esquina
parece un ramo
de clavellinas.

—;Vamos á darle un chasco á ese presunto? dijo una de las muchachas: me finjo mala ;y á que se lo cree?

Dicho y hecho. Las muchachas dejaron plantada una canasta de higos chumbos que estaban comiendo, y en un decir Jesús estaba la que discurrió la guasa metida entre palomas, dando cada ;ay! que llegaba hasta el cielo. Fueron las otras corriendo á llamar á Juan Holgado comiéndose la risa. Acudió éste, y al entrar notó en la puerta de la calle un rimerero de cáscaras de higos chumbos tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de narices fué con su convidada la muerte que estaba en la cabecera de la cama más seria que un ajo porro. Muy mala está, dijo entonces Juan Holgado y se vá.—;Pues qué es lo que tiene? preguntaron las muchachas que á duras penas podían contener la risa. Tiene, respondió éste, una atraquina de higos chumbos, y los higos chumbos son como las mujeres en misa, entran una á una y quieren salir todas á la par. Fuese Juan Holgado, y á las dos horas estaba la muchacha con Dios. Dejo á la consideracion de ustdes, caballeros, la fama que esto dió á Juan Holgado.

No había por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese á ella Juan Holgado, que ganaba pesetas á manos llenas, que ni sabía qué hacer con ellas: compróles á sus hijos un Usia y unas placas que se colgaban por delante y unas llaves que se colgaban por detrás: en cuanto á él no quiso colgajos sino pasarlo bien: así fué que se puso tan gordo, tan desarrollado, y tan despelotado, que daba gusto el verlo: tenía más cara que el sol de Dios, más popa que una cerca holandesa: las piernas como columnas; las manos como embuchadas, y la barriga como la media naranja de la iglesia.

A todo esto Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le hacían en la pared algun descostrado, les hacía su padre, en castigo, uno en sus pellejos. Siempre tenía en ella un albañil que pagaba por años, reparándola, recordando lo que le

había dicho la muerte, de que mientras no se desconchase su casa no aportaría por allí.

Pasaron los años que cada vez corren más, como piedra que rueda por una cuesta.

Los últimos venían de mala vuelta. Juan Holgado les ponía muy mal gesto, y ellos en venganza el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas, (dientes) otro le encorvó el espinazo que parecía una hoz, y el otro le obsequió con una cojera.—Un día se puso malo, y la muerte le mandó memorias con un murciélago, lo que no le hizo á Juan Holgado maldita la gracia. Otro día le acometió la pituita y la muerte le mandó decir con una lechuga que pronto lo visitaría; Juan Holgado le dijo á la lechuga que se fuese á freir monas. Otro día le dió un accidente, y la muerte le mandó á decir con un perro que se puso á auillar á la puerta, que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la muleta al perro y lo mandó á un *asta* (digo *asta* por no decir cuerno, pues aunque basto sé de erianza; que mi padre me la enseñó con una cartilla de acebuche.) Se empeoró el enfermo, y la muerte llamó á la puerta. Juan Holgado mandó atrancar, y así mismo que no le abriesen; pero la muerte se coló por una rendija.—Señá Muerte, la dijo Juan Holgado con un mal gesto, me dijisteis que no vendríaís mientras mi casa no se desconchase; así es, que á pesar de los recaditos, yo no aguardaba á su mercé.—;Y qué? respondió la muerte, ;no se te han ido las fuerzas? ;no se te han caído los dientes y el cabello? tu cuerpo, esa es tu casa.—No sabía tal, señora, dijo el enfermo, así es, que fiado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoje.—Pues, hijo mío, vengo por tí. Y vengo precisamente, para pagarte el favor que me hiciste.—Buena manera teneis de pagar favores, respondió Juan Holgado. Entonces la muerte echándole las canillas por el cuello le dijo.—;Infeliz! ;qué sería de tí si yo no viniese en tu socorro? Mira tu cuerpo destruido, tu alma entristecida de verse encerrada en tan desvenejado cajon. Si yo no te sacase de la esclavitud pronto serías como el pájaro metido entre ruínas, que no puede volar porque los escombros le abruman y le oprimen. Yo soy quien te da la libertad, que para eso me envía Dios, Padre misericordioso, como mensajera suya. Si el grano de trigo no muriese estéril quedaría: mas porque muere y se transforma lleva grandísimo fruto.

Cuando la muerte acabó de hablar dió un beso á Juan Holgado en la frente y Juan Holgado que era buen cristiano, comprendiendo entonces que la muerte no es mala puesto que Dios la envía, sonrió en señal de conformidad, dobló la cabeza y se quedó como un pajarico.

La muerte le había pagado la merienda en la mejor de todas las monedas: la moneda de la vida eterna.

FERNAN CABALLERO.

LA ASCENSION DEL SEÑOR.

ODA. [1]

¿Y dejas, Pastor Santo,
tu grey en este valle hondo y oscuro
con soledad y llanto,

(1) Pocos habrá que no conozcan las cinco estancias primeras de esta joya de la poesía lírica española.

Lo que no todos saben es que la oda completa tiene nueve liras.

Una revista inglesa, que suele tratar con predilección y acierto de la literatura española, publicó, con una traduccion admirablemente hecha, la oda original del insigne agustino español, añadiéndole cuatro estrofas generalmente desconocidas.

Proporcionó á dicha revista la oda completa el escritor sevillano D. Juan José Bueno.

Nuestros lectores gustarán de conocer y tener completa una de las más bellas poesías que ha concebido el humano entendimiento.

y Tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos
á tus pechos criados,
de Tí desposeídos,

¿á dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?

Quien oyó tu dulzura
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero, airado?

Estando Tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa
aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?

¿dó vuelas presurosa?

¡Cuán rica tú te alejas!
¡cuán pobres y cuán ciegos; ay! nos dejas!

Tú llevas el tesoro
que sólo á nuestra vida enriquecía,

que desterrara el lloro,
que nos resplandecía

mil veces más que el puro y claro día.

¿Qué lazo de diamante
¡ay! alma, te detiene y encadena

á no seguir tu Amante?

¡Ay! rompe y sal de pena,
colócate ya libre en luz serena.

¿Qué? ¿Temes la salida?

¿Podrá el terreno amor más que la ausencia
de tu querer y vida?

¿Será acaso violencia
vivir siempre de Cristo en la presencia?

Dulce Señor y Amigo,
dulce Padre y Hermano, dulce Esposo,
en pos de Tí yo sigo;

que en este lacrimoso
destierro no hay, sin Tí, bien ni reposo.

Fr. Luis de León.

PROTECCION DE MARIA.

CURACION DE UNA MADRE DE FAMILIA ATACADA
DE UN CANCER EN LA LENGUA

El día 3 de Noviembre de 1869 había delante de la gruta de las apariciones de Lourdes un grupo de peregrinos que pedían con fervor á la Inmaculada Virgen la curacion de una jóven madre de familia, cuya situacion era casi desesperada y cuya pérdida hubiera sido la muerte de toda una familia. Dos elérigos habían querido asociarse á esta piadosa peregrinacion, y oraban con fervor, arrodillados en medio de sus amigos.

La existencia de María Lassabe, de Montfaucon (Altos Pirineos,) estaba en efecto amenazada por un cáncer muy alarmante. Era todavía jóven, hija única, muy querida de todos los suyos y madre de un hermoso niño.

De repente la señora Lassabe había experimentado en el fondo de la garganta la sensacion de la película de un grano de trigo, cuya punzante espina se hubiese clavado en la carne. Su dolor aumentaba por momentos, y no podía ya comer con regularidad. Hinchósele la lengua, se le volvió dolorosa y dura, particularmente de un lado, y tomó aquel temible color que revela el cáncer. No podía menearla sin gran pena; casi no podía hablar, y experimentaba gran dificultad para comer: el 3 de Noviembre había pasado diez y siete días sin podido tragar nada sólido; su vida se sostenía con sopa, papilla y otros alimentos de esta clase. Nada se omitió para combatir al mal. Viéronla médicos que ordenaron los remedios aconsejados para tales casos; mas á despecho de los medicamentos el mal se agravaba.

Era tan abultada la lengua y tan apremiante la necesidad de aplicar á todas sus partes los linimentos, que tuvieron que quitársele los dientes para que estuviese más libre.

Acompañada la señora Lassabe de su médico, fué á consultar á los de Tarbes. Los unos hablaron de cauterizar la lengua, si llegase á abrirse; otros indicaron otros medios; mas todos estuvieron unánimes en reconocer la gravedad del mal. No pudieron disimular del todo su impresion, y la pobre enferma comprendió muy bien que temían por su vida.

Al salir de estas visitas, la señora Lassabe estuvo en casa de una de sus amigas, y habló de su mal con toda la emocion que le habían comunicado las palabras harto transparentes de los médicos. "Y bien, dijo aquella señora tomando de una cómoda un frasco; puesto que estáis aquí, tened confianza en nuestra señora de Lourdes y bebed de esta agua, que viene de la gruta." Estaba expresamente recomendado á la enferma que no bebiese nada frío; tomó con ánimo el agua, y muy pronto se encontró aliviada. Mas esto no era sino un pequeño aliento que le daba la Virgen Santísima, porque dos días despues una recrudescencia del mal renovó todas las inquietudes.

Empezóse á reconocer que los medios humanos serían impotentes; y la idea de ir á Lourdes á buscar una curacion poco menos que desesperada, había ya ocupado vagamente el alma de María Lassabe y la del párroco de Montfaucon. El haberse agravado la enfermedad hizo que se resolviese el proyecto fijándose la peregrinacion para el día 3 de Noviembre. La víspera el párroco preguntaba á uno de los médicos:

—¿Puede esta enfermedad curarse repentinamente?

—No, le respondió.

—Y si la enferma se cura mañana de improviso, ¿qué diréis?

—¡Ah! diré que la curacion no proviene de nuestros remedios.

Aquel día, 2 de Noviembre, la enferma se encontró peor que los demás días. Habíase aumentado su sufrimiento; apenas podía tomar algunos líquidos: tuvo el antojo de comer un grano de uva, y no pudo tragarlo.

El miércoles, al momento de la partida, nada se había cambiado: los mismos dolores, la misma debilidad en extremo penosa. La señora Lassabe tuvo que guardar silencio todo el camino; se evitaba el hacerla hablar para ahorrarle el dolor que cada palabra le costaba. Cuando profería una palabra, apenas se dejaba oír su debilitada voz.

Los dos clérigos que iban á ayudarla en sus oraciones, celebraron la misa en la cripta á las diez y media. Durante el santo sacrificio, María sufría horriblemente, más que nunca: parecía que le arrancaban la lengua. Llena de fé y energía, recibió no obstante la sagrada Comunión, pero con dificultad suma. Todos los esfuerzos de su voluntad no pudieron hacer menear la lengua, y no puede decir cuándo tragó la santa Hostia.

Desde el principio de su mal sus piernas estaban habitualmente doloridas; pero en aquel momento apenas podían llevarla, y bajó á la gruta con extraordinario trabajo.

Allí oró largo tiempo con una confianza ilimitada. Antes había dicho: "Me curaré; lo creo así." A pesar de la recrudescencia de sus dolores, no obstante el carácter fatal de su enfermedad, conservaba firme su esperanza.

Despues de haber orado, se levantó para beber un vaso del agua milagrosa; en lo cual hubo de emplear largo tiempo, pues no podía tragar á la vez más que un pequeño sorbo, y aun con un verdadero suplicio. Se arrodilla; sus compañeros oraban á dos coros y en alta voz, pero ella en silencio. Empezaron las Letanías de la Virgen, á las cuales se une de corazon en la imposibilidad de hacer otra cosa. Hacia la mitad, un frío repentino recorre todos sus miembros; siente que su lengua se desata y adelgaza, conoce que va á poder hablar. Lo ensaya... y suavemente responde: "¡Rogad por nosotros! ¡Rogad por nosotros!" Su lengua estaba ágil. Conmovida, incierta, no osaba proferir un sonido. Mas, concluidas las invocaciones, una voz clara y firme articu-

la libremente estas palabras: "Dadme otro vaso de agua; quiero beber más." ¡Era la voz de María Lassabe! Sus compañeros la miran atónitos; preséntanle un vaso, y lo bebe de un sorbo sin la menor dificultad.

La primera sorpresa se convirtió en una inmensa alegría. Todo dolor había desaparecido; no le dolía la lengua, la cabeza, las piernas, ni otra parte del cuerpo.

Todos estaban en ayunas, y era tarde. La señora Lassabe sentía una necesidad desacomunada de alimento. Se ponen las provisiones sobre la yerba, y se presentan á la querida enferma los alimentos líquidos preparados para ella. No los quiere; toma un pedazo de pan, y lo come; toma carne, la mastica, la traga sin el menor sufrimiento, y mastica con preferencia por el lado más dolorido de su lengua. Acuérdate de que hacía diez y siete días que su estómago no había recibido un solo alimento sólido, y que en el día anterior le había sido imposible tragar un grano de uva.

En este intervalo los dos clérigos vuelven á la gruta, yendo en pos de ellos el padre.

—¡Y bien! dice el Párroco.

—¡Está curada! responde el padre.

—¿Es posible? Os chanceáis; no debíais hacer estas bromas.

—Señor párroco, mi hija está curada, ha comido; venid á verla.

El bueno del párroco se adelanta, no acabando de creer todavía. La jóven lo recibe alegre y sonriendo; habla, refiere con emocion el momento de su curacion, y su valiente desayuno. "¡Está curada! exclama el Cura derramando lágrimas de gozo; ¡está curada!"

La señora Lassabe va á arrodillarse delante de la gruta para dar gracias á la Santísima Virgen. Un momento despues todos oían su voz sonora y vibrante. ¡Cosa inexplicable! Hablaba así, aunque su lengua continuaba gruesa, pareciendo aún dura y como cicatrizada, y no se comprendía, cómo teniéndola así, su articulacion era tan fácil y limpia.

Empezaron las oraciones de nuevo en alta voz, prolongándose en la gruta, y más aún en la cripta. María Lassabe las presidía, y á su voz, que se percibía claramente, respondían los demás. Animados por lo que acababa de suceder, los dichos peregrinos no se cansaban de bendecir á la Virgen, y acabada una oracion pedían otra: la capilla los retenía como por fuerza. Por fin, partió la caravana: la señora Lassabe al marchar dejó por *ex-voto* sus aretes.

Volvieron los peregrinos á la gruta, primero en Noviembre y despues en Diciembre. No experimentó la señora Lassabe el menor asomo de su horrible mal, ni alteracion alguna en su salud: acabáronse los sufrimientos; la pezadez é hinchazon de la lengua, las señales de descomposicion. Por otra parte, desde que rezó las Letanías en la gruta; quedó libre del todo de un violento dolor de cabeza que, durante la enfermedad, no le había dejado un momento de reposo. Los colores de su rostro y toda su apostura atestiguaban una salud robusta, un temperamento puro y vigoroso.

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA DE ESPAÑA.

Venga el ateo y fije sus miradas en las rudas cascadas que caen con el estrépito del trueno; en ese bosque que oscurece el día, de rústica armonía y de perfumes y de sombra lleno; En la gruta titánica que arredra con sus monstruos de piedra su oculto lago y despeñado río; que ante tantas grandezas el ateo dirá asombrado:—¡Creo, creo en tu excelsa majestad, Dios mío! Arpa es la Creacion, que en la tranquila inmensidad oscila con ritmo eterno y cántico sonoro.

Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento en tierra, mar y viento, que del himno inmortal no forme coro.

El insecto en el césped escudido, el pájaro en su nido, el trueno en las entrañas de la nube, hasta la fior que en los sepuleros brota, todo exhala su nota que en acorde son al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega que á enloquecerle llega podrá alcanzar, en su insaciable anhelo ese poder augusto y soberano que entona el Océano y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente, se agitará impotente en su orgullo satánico y maldito. Siempre desesperado Prometeo, le acosará el deseo ¡ay! que como el dolor es infinito.

Gaspar Núñez de Arce.

Contraste social

HISTORIA DE AYER Y DE HOY.

SALI de la Contaduría para el Archivo. Como el zaguan de la Oficina estaba inmediato á aquel salon, noté á mi paso que un caballero hablaba allí con un ordenanza. Por la posicion en que estaba no le pude ver el rostro. Soy poco curioso, y por lo mismo no me detuve. Aun no llegaba al Archivo, que de la Contaduría no distaba veinte pasos, cuando oí pronunciar mi nombre por detrás. Volví la cabeza; era el caballero que acababa de ver en el zaguan, era Gustavo Z, antiguo contemporáneo mío en el colegio, perteneciente á una familia rica y distinguidísima, jóven entonces, de hermosa y arrogante figura, pero de limitado talento y de poca aplicacion al estudio. Excepto las horas de clase, empleaba todo su tiempo en placeres y en aventuras de amor. Para satisfacer sus pasiones y caprichos, contaba con poderosos recursos y elementos: dinero, libertad, simpatías, audacia, fuerza y prendas personales.

Cuando su padre murió abandonó los estudios profesionales. Dueño así de sus acciones, sin restriccion alguna y con una cuantiosa herencia dió rienda suelta á sus vicios. Avido de goces y de aventuras, voló á Paris. Allí pudo decir al poco tiempo con Don Juan Tenorio: "Yo á los palacios subí, y á las cabañas bajé".....

Exhaustas sus arcas á causa del lujo y de la vida licenciosa que llevó en la encantadora Lutecia, con el cuerpo enervado y el espíritu cansado y triste, regresó á la patria.

Poco tiempo despues con el carácter de *attaché* de nuestra legacion en España, marchó á Madrid. Más tarde se casó en aquella corte con una jóven millonaria, y hace pocos años que volvió á la Republica radicándose definitivamente en la capital con su bellísima y adorada consorte.

Habían pasado ya los juveniles ardores con sus locuras y sus insaciables deseos, es natural, y más en quien tan aprisa había vivido, y el juicio, la reflexión y la calma tomaron posesión de aquella alma.

Ahora sólo se ocupa de cosas graves y de provecho positivo; se ocupa de sus negocios, el agio y la usura, y tambien de la política... que es otro negocio. Pasiones propias de la edad y que satisface con tan feliz suceso como el que siempre tuvo para satisfacer las de su juventud.

Esto no quiere decir que no eche una cana al aire alguna vez, y quizás con su querido amigo el general. Tal vez en alguna noche de Capua se conocieron y simpatizaron y tras algunas copas de champaña y de algunos abrasadores ponches se encontraron ya amigos.

Decía, pues, que al oír mi nombre volví al

cabeza y me encontré con el caballero del zaguán que no era otro que Gustavo Z, quien saludándome, me dijo: Gabriel, ¿por qué pasaste tan disimulado cerca de mí?

—No sabía que tienes ojos en la espalda.
 —¿Vas muy ocupado?
 —No; ¿qué se te ofrece?
 —Busco á mi querido amigo el General.
 —Está fuera de la ciudad por este día.
 —Cuánto lo siento. Venía á hacerle una visita, y no podré volver porque salgo mañana para México muy temprano.

—Detente un día: sal pasado mañana.
 —Imposible; perdería el viaje de la Dili-gencia, y así no llegaría á buen tiempo, pues el Congreso se abre dentro de una semana y tengo que estar precisamente en la apertura.
 —Siendo así, yo me encargo de hacer presente al Director que estuviste á visitarle y que no te detuviste porque te urgía estar en México.

—Recibo tu favor; pero á mayor abundamiento, voy á dejarle un recado por escrito, el cual te suplico le entregues en su mano.

—Con mucho gusto.
 —Con tu permiso, pues.
 Pasó á la Contaduría; le ofrecí un pupitre que estaba desocupado, le presenté la pluma, tinta y papel, y luego me retiré á una distancia conveniente, de la mesa.

Noté que al tomar la pluma su mano vaciló; se quedó un largo rato pensativo, y al fin comenzó á escribir.

Al trazar las primeras letras:—¡ cómo brinca la pluma! exclamó.

—¿Quieres otra?
 —Sí, pero que no sea como ésta.

Momentos después otra interrupción:— ¡Qué tinta tan descolorida! ¿Tienes de otra?
 —Sí, aquí tienes muy negra.

Más adelante:— ¡Qué papel tan malo! pero ya no te molestes, no tengo tiempo de escribir de nuevo esta esquela, que por cierto está indecente, debido á los útiles tan malos que me prestaste.

No tenía tiempo de escribir de nuevo; pero el caso era que no concluía, á pesar de que no había ya ningún obstáculo.

Por fin, al cabo de una larga media hora que tardó en la operación de escribir cuatro renglones, dijo:— ¡Ya terminé!

Le llevé una cubierta, dobló la esquela y la metió. Sólo faltaba la dirección.

—¿Cómo se llama?
 —¿Quién?

Claramente ví que se avergonzó.
 —El General.

—¿Tu querido amigo? Fulano de Tal.
 —Se me había olvidado el nombre; no el apellido.

—¿No lo pusiste en la esquela?
 —Ahí no es necesario.

—Veo que has perdido la memoria.
 —¿Qué quieres! la edad, los negocios...

es que yo olvido los nombres y tú las fisonomías.

—No; lo que yo olvido son las espaldas. Pero si hay espaldas con fisonomía, te doy la razón.

Me entregó la esquela y se despidió reencargándose se la entregara al jefe en su mano y le disculpase con él por lo impropio del papel.

Tuve curiosidad de leer aquel recado y para cerrar las puertas á la malévolá curiosidad, pegué luego la cubierta.

Por el sobrescrito se saca la carta, dice el proloquio.

Bien me burlé de la forma de letra de mi antiguo colega, yo que pasaba en la oficina como un pendolista. Y no más de la letra me burlé? No, que también de la falta de ortografía del mismo sobrescrito, indicio claro de que adentro no la había tampoco, y mucho menos sintáxis. Y no me burlé de otra cosa? Sí, también de la torpeza intelectual de Gustavo para desarrollar cuatro pensamientos muy sencillos.

Me burlé, critiqué amargamente, y aunque á solas, hice mal; de ello me pesa. Mas

no me arrepiento de las reflexiones que aquella esquela me sugirió.

¿Cómo es posible que un hombre de familia tan notable por su riqueza y por sus antecedentes, y que por lo mismo recibió una educación tan esmerada, tenga tan mala forma de letra? Sin embargo, esto puede pasar muy bien, porque está de moda de algún tiempo á esta parte, escribir mal entre la gente grande, es decir, entre la que firma no más y esto con un garabato.

¿Cómo es posible que un hombre de esa clase no esté al tanto de las reglas de la gramática, á lo ménos de las más indispensables?

¿Cómo es posible, por último, que un hombre de esa categoría, en la posición social tan elevada en que se halla colocado un diputado, un representante de cuarenta mil ciudadanos en la Cámara de la Union, donde casi es necesario ser orador, tenga que torturar su inteligencia media hora y más para escribir á un amigo este recado, poco más ó menos: "vine á visitarte y no te hallé: cuánto sientoirme sin verte, pero no me puedo detener; en México nos veremos." Media hora para esto, como quien dice: veinticinco minutos de meditación y cinco de escritura. ¡ Meditación! ¡ Como si se tratara de una carta trascendental!...

¡ En verdad que no tiene explicación tanto atraso en personas que van siempre tan adelante!...

Así, no les envidio ni sus elevados puestos públicos, ni sus millones.

Y ménos sus amistades tan... desmemoriadas.

Matias Vinzquer Dordtet.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA ANTONIA CAÑAS.

¡ Si oyeras á tu padre enamorado
 De tu virtud y tu ternura inmensa,
 Lo que de tí lloroso me ha contado!

¿Qué le dieras, Antonia, en recompensa?
 En nuestras más sabrosas y más sanas
 Pláticas del hogar, me ha referido
 Que eres gloria y orgullo de sus canas,
 ¡ Blason y joya de su Eden querido!

Y me ha hecho conocerte y admirarte,
 Y despertado en mí tal simpatía
 Que quiero ir á tu tierra para darte
 Un fraternal abrazo, amiga mía!

Aquí encontró tu padre, el soberano
 De tu hogar, dos amores que bendigo:
 En el pueblo de México un hermano;
 En cada hijo de México un amigo!

Que te lleven mis versos cual segura
 Prenda de mi amistad, un noble anhelo;
 Que al padre que te adora con ternura
 Por largos años te lo guarde el cielo.

Juan de Dios Peza.

México, 13 de Junio de 1897.

¡MAÑANA!

COMO dar principio á esta oración, Dios mío, en la que tantas cosas os quisiera decir?.....

Ah! y no se me hubiera ocurrido!
 Debo de empezarla implorando vuestra bondad, á fin de que os dignéis oírme con agrado.

Aceptad, pues, Señor, la humilde plegaria que mis labios trémulos van á dirigiros en esta noche, víspera de la solemne fiesta con que el Cielo y la Tierra celebran el adorable misterio de la sagrada Eucaristía, en la cual fiesta voy á tomar yo parte, más que con los hombres, con los ángeles, y más que con los ángeles, con Vos mismo, Señor; porque los espíritus celestiales os miran sin los velos de la fé, pero no llegáis hasta ellos, como sí llegáis hasta el hombre por el Sacramento del Amor.

Oh Santo de los Santos! Cuando considero que toda santidad es poca, que toda disposición es insuficiente para recibirnos como es debido, mi alma se agita, mi cuerpo se estremee, mi voluntad vacila, y casi desisto de una felicidad de que soy indigno, mil veces indigno por más que mi conciencia, que acabo de purificar en las aguas regeneradores de la Penitencia, no me acuse de faltas contra vuestra santa Ley....

Mi vida está vacía de buenas obras.
 No hay en mi alma una sola virtud.

Los vicios y las pasiones han dejado huellas indelebles en mi corazón.....

Imposible es ya recobrar la cándida vestidura de la inocencia que perdí desde mi juventud.

¿Cómo, pues, me presentaré ante el Cordero inmaculado? ¿Cómo alojaré en mi pecho al Rey del Universo?.....

Ah! Y no había pensado en un recurso tan sencillo, que mi madre misma me indicó, desde mi primera comunión: pedir á Jesucristo de los tesoros de su Pasión, una cruz y una corona de espinas. Acudir á la Santísima Virgen para que adorne mi alma con sus virtudes....

Ya tengo lo que he menester!

Ya soy ménos indigno de asistir mañana al celestial festín.

Y vacilo todavía!

Mas Dios me alienta para que no me retraiga ya de ir hácia El....

No tiemblo ya. Jesus me llama en el secreto de su ardiente amor, y yo me siento dulcemente ir hácia El, cual ligera navecilla, por suave viento impulsada, sobre las aguas de manso lago....

.....
 Mi buen ángel guardian: Mañana, si al toque del alba aún no he despertado, no me dejes dormir más.

Dios madruga, y sería muy vergonzoso para mí, si no me levantara á buena hora, que al verme, en el reclamo de su amor, me hiciese esta pregunta: "Hijo mío: ¿por qué no habías venido? Te esperaba."

Quiero también estar en pie á esa hora para saludar á mi amado con las primicias del nuevo día: con la pálida luz del alba, con la estrella de la mañana, con el canto de la alondra, con el ambiente fresco y perfumado, con las flores cuajadas de rocío.... quiero unir mi pensamiento, mi voz, mi canto al himno, que al nacer el día, entona la naturaleza á su Criador....

Después, mi fiel custodio, en camino para el templo, cúbreme con tus benditas alas para mayor defensa contra el Tentador que no respeta ni lo santo del lugar, ni la gracia del alma.

Por último, ángel mío, tú que hablas el idioma de los cielos.... pero no, que el Hombre-Dios no desdeña el humilde lenguaje de la tierra en que se expresa el toscó labio del mortal.

Ah, mi bello ángel! ¿Quién pudiera exclamar con la Esposa de los Cantares, al llegar á la Mesa Sagrada:

"Sostenedme con flores, que de amor desfallezco!"

MATIAS VINZQUER DORDTET.

Perlas y lágrimas.

I

Desde las cumbres tímida el alba
 borda los cielos
 de oro y de nácar;
 inquieto el aire
 mece las ramas
 y alegre corre
 saltando el agua.
 Abren las flores
 sus hojas castas,
 los ramos tienden,
 las frentes alzan,

y del rocío
que las halaga
doble corona de brillantes perlas
lucen ufanas.

II

La tarde espira,
la luz se apaga
y el monte enluta
la sombra vaga.
El aire triste
gime en las ramas,
y entre las piedras,
solloza el agua.
Cierran las flores
sus hojas pálidas,
los ramos doblan,
las frentes bajan;
y es el rocío
que las esmalta,

el llanto con que lloran afligidas
sus muertas galas.

III

Hasta las dulces gotas
con que el rocío baña
de las sencillas flores
las hojas perfumadas,
son para ejemplo triste
de las pompas humanas,
por la mañana perlas
y por la tarde lágrimas.

José Selgas.

El solitario del sepulcro.

RECORRIENDO un viajero las tórridas llanuras que desde las pirámides se extienden hasta el Nilo, se acercó á una cuadrilla de *fellahs* que trabajaban en las excavaciones que se practican con frecuencia "para sacar de la tierra la historia del mundo," como con fantástica imaginación oriental dijo uno de aquellos operarios.

Este, no sólo se mostraba más serio y más activo que los demás, sino que en ciertos momentos parecía meditabundo y triste, y suspiraba profundamente dirigiendo al cielo una mirada lánguida y suplicante.

El viajero se le acercó y le dirigió algunas preguntas relativas al trabajo que estaba haciendo. El interrogado respondió á todo respetuosamente, pero con concisión y laconismo.

Evidentemente aquel hombre tenía alguna preocupación honda; debía ser un infeliz trabajado por un dolor grande que guardaba sigilosamente sin atreverse á comunicarlo á nadie para encontrar algún alivio.

El viajero se interesó por este hombre singular y quiso pobrar á descubrir el enigma, oscuro é intrincado como la esfinge del antiguo Egipto.

—Estáis, si no me engaño, afligido y triste. ¿Podría saber la causa de vuestra pena, no sólo por curiosidad, sino para proporeionaros, si pudiera, algún consuelo?

—¿Véis allí, señor la sombra de aquella palma?

—La veo; ¿y bien.....?

—Aquella sombra marca en este momento la hora del mayor dolor que jamás se ha desencadenado en la tierra, y la del mayor júbilo que haya habido nunca en el cielo.

—No os comprendo. ¿Qué hora es esa y de qué alegría habláis?

—¿No habéis oído nunca hablar del *Solitario del Sepulcro*?

—No, y tendría mucho gusto en saber algo.

Dejó la azada, se enjugó el sudor de la frente, bajó la cabeza y dijo:

—¿Queréis oír esta historia que recibí de mis mayores, de generación en generación, y que yo comunicaré sin alteración alguna á mi presente y futura descendencia?

—Con muchísimo gusto.

—Oid, pues.

Cuando los años estaban aún ocultos en el seno del misterio, y á poco debían comenzar los siglos que han dejado de sí alguna memoria, un viejo día y noche vivía dentro de una quebrada caverna.

No vivía allí con el cuerpo, sino con el espíritu. Era el *Solitario del Sepulcro*; así lo llamaban en todas partes. No se sabía cómo ni cuándo viniera allí, ni quién fuese, ni de dónde vino.

Antes que apareciese el Solitario del Sepulcro, aquella montaña no tenía ninguna abertura, ni en ningún punto la había herido ó roto el rayo del cielo ó la mano del hombre.

Pero ella misma abrió sus entrañas, y se fué formando á sus pies una gruta para que allí dentro el solitario encontrase el deseado sepulcro.

Un día el Solitario pidió á Dios con plegaria incesante que le revelase dónde podría encontrar la vida eterna; le asustaba la muerte; y día y noche rogaba á Dios detuviese el arma exterminadora de aquella inexorable enemiga del hombre.

Entonces oyó una voz que le dijo: "Obedecerás la vida con la muerte. Muere al mundo y vivirás en el cielo."

El Solitario comprendió pronto y se dijo á sí mismo: "Bajaré vivo al sepulcro para no caer en él muerto."

No había todavía el sol lanzado su primer rayo; la noche era aún soberana en la tierra. El Solitario empezó á buscar un sepulcro que debía ser para él el principio de la vida.

Después de mucho caminar, vió de repente abrirse una gruta á los pies de una alta y escarpada montaña. Sus pasos se dirigieron allí inmediatamente; entró, y cansado del largo caminar, se sentó en un guijarro que parecía lo estaba esperando. La misma voz le murmuró al oído: "En el sepulcro está la vida: si vives en el sepulcro, vivirás en el cielo y para siempre."

Entonces el mundo desapareció para él; el Solitario no tuvo temor á la muerte y no pensó ya más en morir, porque había venido á él la vida. La había encontrado al fin en el sepulcro.

Una noche contemplaba, bendiciendo á Dios, las innumerables estrellas que brillan en el firmamento. Una luz insólita lo deslumbraba: en medio de un resplandor, que era muchas veces mayor que el sol, avanzaba una pequeña caravana. Sobre pollino iba sentada una mujer joven con un niño en brazos. Les servía de guía un majestuoso anciano, que llevaba un bastón adornado en su extremidad con flores desconocidas.

La caravana se detuvo delante del solitario, el cual, estático en su contemplación, no podía hablar ni moverse.

El niño, sostenido por su madre, se levantó, y con voz que no había sido nunca oída por ningún hombre, dijo con benignidad:

—Buen viejo, tú buscas la vida. También yo la busco, no para mí, sino para todos. Y será con la muerte con la que daré la vida.

—Es lo que yo busco viviendo en este sepulcro.

—Y será de un sepulcro de donde habrá de venir la vida: de mi sepulcro renacerá para todos.

—¿Y dónde está tu sepulcro?

—Todavía no está abierto. Pero cuando se abra, morirás cerca de él para vivir siempre la vida que de él nazca.

—Pero, ¿cuándo tendré semejante ventura?

—A su tiempo. Cuando este tiempo llegue, Dios te acompañará.

Esto dicho, la caravana desapareció, el resplandor no se vió más, y el Solitario se halló envuelto en las densas tinieblas de la noche.

La montaña cerró su seno, de la gruta no quedó señal alguna; el sepulcro ya no existía, y hasta el solitario había desaparecido.

Siempre fija la mirada del lado por donde el sol asoma todos los días su cara de fuego, el Solitario caminaba tranquilamente. Una montaña abría cada noche para él y dormía. Cuando salía, la montaña cerraba sus entrañas, y desaparecía la abertura.

Así caminando llegó á una ciudad grande cuyas calles estaban llenas de desolación y ruína. El Solitario pasó adelante, y se paró de repente, como clavado en el suelo delante de un sepulcro, alrededor del cual lloraban desconsoladas algunas mujeres y sollozaban tristemente venerables ancianos.

Uno de éstos se acercó al Solitario, y le dice: "Hé aquí el sepulcro de la vida."

Entonces el Solitario recordó todo lo que le había dicho aquel niño admirable.

—Entonces, exclamó lleno de alegría, ¿aquí dentro está muerta la muerte y ha nacido la vida?

—Sí; y quien quiera vivir habrá de morir aquí dentro.

El Solitario se arrodilló. Huyó de él la muerte; y la vida entró en su cuerpo y en su alma.

El Solitario vive aún y vivirá siempre.

Una palma había cerca de él. Cuando murió á la muerte y nació á la vida, la sombra de la palma estaba en la mitad como la que véis.

En este momento, hace muchos siglos, la vida fué dada con la muerte. Señor; dejad que piense la muerte para pensar en la vida.

El *fellah* se arrodilló; se volvió hacia Oriente, y alzó los brazos y la cabeza al cielo orando en voz baja fervorosamente.

Me parecía ver al *Solitario del Sepulcro*, escribe el viajero.

Redordé que era Viernes Santo. Miré el reloj y ví que era cerca de la hora en que el Hijo Unigénito de Dios desgarró en la cima del Gólgota el velo de la muerte que envolvía al género humano.

Me expliqué toda la leyenda, y quitándome el sombrero, también yo dí gracias de corazón á Aquel que con su muerte me dió la vida.

AL AMOR.

[DE TASSO.]

Amor, ¿de qué maestro,
en cuál oculta escuela
se aprende esa tu larga
arte de amar incierta?

¿Quién del entendimiento
declara las ideas,
cuando con alas tuyas
al mismo cielo vuela?

No lo explicó el Liceo,
no la famosa Aténas,
y en Helicon docta
ni Febo lo demuestra.

Que si de amor discurre
parece que le enseñan;
corto razona y frío
con perezosa lengua.

No tiene voz de fuego
que á tu primor competa,
ni á tus misterios altos
sus pensamientos llegan.

Tú, amor, eres el digno
maestro de tu ciencia,
y tú solo á tí mismo
te explicas é interpretas.

Juan de Jáuregui.

APOLOGO.

A su caballo nombró
cónsul Calígula fiero,
y el cuadrúpedo altanero
ya la paja rechazó.
Dorada se le llevó,
y la comió con desden.
Echan al pueblo también
paja escritores distintos;
pero adulan sus instintos,
la doran y pasa bien.

J. E. H.